

**TAN LEJOS
TAN CERCA**



NOVELA

Aníbal Ricci Anduaga



© Aníbal Ricci Anduaga

© De esta edición:

Colección SALTO DE PÁGINA

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 196.825

ISBN: 978-956-8865-07-8

Diseño y diagramación:

Jenny Contente Guazzotti

Impreso en:

Salesianos Impresores S.A.

Junio, 2011.

Ch863

R491t Ricci Anduaga, Aníbal, 1968 -.

Tan lejos, Tan cerca / Aníbal Ricci Anduaga.

1a. ed. — Santiago de Chile :

Simplemente Editores, 2011.

118 p. ; 13 x 21 cm.

ISBN: 978-956-8865-07-8

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

**TAN LEJOS
TAN CERCA**



Aníbal Ricci Anduaga


colección
SALTODEPÁGINA

“A Joaquín”

Capítulo 1

—¡Madre! ¿Cuándo va a llegar el día en que te dignes a comprar un diario?

—Mejor me lo traes mañana.

—¡No entiendo para qué lees noticias añejas!

—Todos los días suceden las mismas cosas.

—¡No puedes ser tan tacaña, mamá! El diario vale apenas unos pesos y esa plata ni siquiera te alcanza para un kilo de pan.

—Benito querido, déjeme tranquila.

Todos los días la misma historia. Apenas llegaba a la recepción, mi madre preguntaba por el periódico del día anterior. Tomábamos una taza de té mientras ella me leía los titulares que yo había escuchado mil veces en los noticiarios. Era igual de absurdo que los matinales de televisión. Un par de personas cuyas opiniones eran irrelevantes para cualquiera que las escuchara. Más encima, comentar lo sucedido dos días antes era completamente ridículo, sin embargo se convirtió en nuestra única manera de comunicarnos. Luego una hora de silencio, sentados uno frente al otro, mientras repasaba los planes que había preparado la noche anterior.

En las tres primeras horas puedo diseñar los muebles del punto de venta de Calvin Klein. Utilizaré cilindros de aluminio como soporte y repisas con vidrios biselados para desplegar la ropa de moda. Más tarde llevaría a plotear la gigantografía de Kate Moss. Tres por cuatro metros y dada la alta resolución, mejor mando el disco directamente a Imagen Digital. Necesito la ampliación en el corner de la marca para las doce tiendas

Falabella. Por lo general cobraba por metro cuadrado de gráfica. No importa si se trata de un letrero pequeño o de uno enorme. Me gustan estos últimos porque implican el mismo trabajo de retoque de imagen, sin embargo, al cobrar por cantidad, mientras más grandes, más metros cuadrados, aún cuando su impresión me sale a un precio ridículo. Era negocio redondo de más del trescientos por ciento por sobre el precio de materiales, gastos de transporte e instalación. Los jefes de tienda no tienen idea del trabajo de publicidad. Si está bien presentado, pagan lo que sea para promocionar sus productos. El arquitecto del Mall Alto es mi amigo de infancia. Sé cómo tratarlo. Le puedo diseñar y regalar un juego de terraza para su casa y ganarme la próxima licitación por cambio de temporada. Lo invitaré a un asado con mis amigos y me enteraré de los nuevos proyectos a lo largo del país. La reunión es a las tres de la tarde. Tengo toda la mañana programada e incluso tendré tiempo para pedir unos rolls de sushi.

Lo primero que hacía al llegar a la oficina era admirar mi Macintosh con pantalla plana de veintisiete pulgadas. Intervenir las imágenes digitales es mi pasatiempo favorito. Siempre me quedo observando mi reflejo fundiéndose en los colores del encendido del computador. No tengo nada contra los PC con Windows, pero prefiero Mac por sus ventajas en el manejo gráfico. Steve Jobs es tan inteligente como Bill Gates, pero definitivamente tiene menos cara de nerd. Además me da más estatus. Si tengo un Mac parezco un mejor y más exitoso diseñador.

Capítulo 2

—La semana pasada se cumplieron dos años de los atentados a las torres gemelas.

—¿Estás segura? —le siguió la corriente Benjamín.

—Salió en El Mercurio, te digo que es verdad.

—Pasó hace tiempo. ¿Qué te preocupa?

—Se corroboró que ningún miembro de nuestras familias salió herido.

—Son puros cuentos —se interesó Benjamín—. ¡Realmente crees que no murió ningún compatriota!

—Nuestros servicios de inteligencia son los mejores del mundo —replicó de inmediato su madre—. Saben todo antes que nuestros enemigos lo imaginen.

—Fue todo muy bien planeado.

—Horroroso.

—Se echaron a miles de personas de una pasada.

—El mismo día.

—11 de septiembre de 1973 —recordó Benjamín.

—Hace treinta años apenas lograron destruir un edificio viejo.

—Cálculos perfectos para derribar dos rascacielos de cien pisos.

—Lo sabían perfectamente —continuó Europa—. Ninguno de nuestros familiares fue a trabajar ese día.

—Con razón nos echan la culpa —concluyó Benjamín—. Todo fue tan preciso.

—No hables tonterías. Saddam Hussein respaldó todo el operativo.

—¡Realmente crees lo que sale en los diarios!

—No seas impertinente con tu madre.

—¿Osama Bin Laden?

—¡Claro que fue él, me oyes! Nunca vuelvas a insinuar que tuvimos algo que ver en esas muertes.

—Fueron tres mil, mamá, la misma cantidad que hizo matar Pinochet en un año.

—No vas a comparar esta tragedia mundial con unos cuántos desaparecidos en este país.

—Sigo pensando que fue un atentado de relojería.

En la tarde tengo que llevarle los materiales al jefe de taller. Les estoy pagando por hora a los maestros y se les agotó la pintura. No puedo permitir que saquen la vuelta. La última vez que los inspectores del trabajo me impusieron una multa, les tuve que comprar guantes y el Nano me dijo que era la última vez que trabajaban sin mascarilla. Como si no les gustara estar medios volados. Basta con unos litros de leche y así evitan intoxicarse. Prefiero pagar la multa que andar comprando extractores de aire.

No confío en los nuevos maestros. Menos mal que el Nano los mantiene a raya. Odio cuando piden adelantos de sueldo. Ni siquiera los tengo contratados y me vienen a molestar con sus problemas. Más encima los invito a tomarse unas botellas de pisco para mantenerlos unidos y que trabajen por la plata que les pago. Son unos borrachines. La mayoría no tiene polola y se distraen con cualquier cosa. Unas longanizas y un poco de trago son suficientes para mantenerlos de mi lado. El truco básico es aprenderse sus nombres y te respetan de inmediato. Creen que estoy alcoholizado y me cuentan todos los pormenores de la pega.

Mañana me dejaré caer temprano por el taller y voy a apurar los letreros. Necesito tenerlos listos para la otra semana. Tendrán que trabajar en turnos para terminar antes del lunes y

poder facturar. Cinco maestros se quedarán trabajando en las noches encerrados en el mall.

El sábado voy al cumpleaños de mi tío David. Me dijo que invitará a unos amigos de la universidad. Se lleva bien con la gente joven aunque prefiere conversar con mis compañeras. También debería invitar a Hernán, pero no creo que sea la ocasión propicia para enredarse con la gente del trabajo. Mis amigos son unos tipos pedantes que no van a simpatizar con mi jefe de taller. Mejor mantengo los mundos separados.

Capítulo 3

—¿Madre? ¿Cómo te ha ido este mes con el hotel?

—Un poco mejor. Siempre se compone el negocio en primavera.

—¿Te convenciste de que hay que remodelar algunas habitaciones?

—Solo si me ayudas con los colores y el mobiliario.

—En vez de pintar las paredes, deberías pegar unas gráficas con paisajes en tonos azules —opinó Benjamín—. Te puedes ahorrar un montón de dinero.

—¿Y qué hago con los cuadros?

—Los guardas para el nuevo hotel —continuó—. Debes rejuvenecer estos cuartos para no seguir perdiendo clientes.

—¡Son muy altos los muros!

—Esa es la idea de unas imágenes modernas —puntualizó Benjamín—. Reduces los espacios y con unos bonitos alógenos quedará muy acogedor.

El fin de semana le proyecto unos diseños para decorar los cuartos. El hotel está pasado de moda y atrae a puros viejos. El barrio Brasil en cambio ha rejuvenecido estos años con los pubs que circundan la plaza. En las noches se repleta de gente que ha llegado a los loft que están construyendo. Son adultos jóvenes que todavía no tienen hijos. Está plagado de universidades. Tanto de día como de noche hay personas que felices pasarían el rato en un ambiente más placentero. Si mi madre no fuera la dueña, invitaría a mis amigas al hotel. Me queda al lado de la oficina, aunque me da vergüenza que las camareras me vean entrando y saliendo a cada rato. Las

conozco hace más de veinte años y siempre me van a tratar como a un cabro chico. Es cierto que almuerzo con mi madre pero ahora soy independiente.

Hoy en la tarde no trabajo. Voy a invitar a mi partner al cine. Están dando una película del mismo director de “Los sospechosos de siempre”. Bryan Singer estudió en Nueva York y le ha dado nuevos aires al legado de esa ciudad. José Miguel es amigo de mi hermana y nunca tiene plata para nada. Tuve que amoblarle todo el departamento. No tenía ni alfombra cuando me invitó a compartir gastos. Él se quedó con el cuarto pequeño y paga un tercio del arriendo. Es de esas personas que ganan un buen sueldo pero ahorran hasta lo indecible para un futuro incierto. A veces siento que nuestra amistad le conviene, pero en el fondo es un buen amigo.

—¿Mamá? Tengo un pequeño problema en el taller.

—¿De qué se trata esta vez? —dijo incómoda la madre.

—Me faltaron planchas de trupán y tubos fluorescentes para confeccionar las cajas de luz.

—¿De cuánto estaríamos hablando?

—Cinco millones de pesos, quizás un poco más.

—¿Cuándo me los devuelves?

—Apenas me paguen el trabajo del Mall Norte —dijo Benjamín un tanto molesto.

—Recuerda que ya me debes nueve millones.

—¿De cuándo que te debo?

—Necesitabas unos anticipos para los maestros.

—¿Tanta plata para anticipos?

—Eran unos materiales para terminar una pega del mall —se acordó su madre—. Era fin de semana y como condición para trabajar horas extras te pidieron los anticipos.

—¿Estás segura?

—Lo tengo anotado en la libreta.

Capítulo 4

“El aprendiz” era el título de la traducción, aunque “alumno aventajado” hubiese sido mejor. La película partía con un chico realizando un trabajo escolar referente al Holocausto y en sus viajes de autobús descubre de casualidad a un antiguo oficial nazi.

—Me pareció interesante el juego de poder de los personajes —comentó José Miguel.

—El chico estaba obsesionado con los alemanes —acotó Benjamín.

—El estudiante se contagió con los relatos de la Schutzstaffel.

—Más bien fue obligado a matar al pordiosero —recalcó—. El alemán lo manipuló.

—Pero el alumno comenzó a extorsionarlo primero.

—Lo único que aprendió fue a sacar ventaja de los demás —agregó Benjamín—. No es lo mismo matar a una paloma de un pelotazo que incinerar a un gato dentro del horno.

—No estás siendo objetivo con el guión —aclaró José Miguel con tono experto.

—La crueldad del alemán estuvo presente en toda la película.

—Y no te pareció cruel que el estudiante le obligara a ponerse el uniforme nazi después de tantos años.

—Pura curiosidad —concluyó Benjamín—. La verdadera maldad provenía del operador de la cámara de gas.

—A mi me pareció que el alumno se transformó en un ser tan vil como el alemán —acentuó José Miguel.

—Simplemente era un chico norteamericano que se trastornó con las crueldades que le contaban.

—¿No te pareció que el aprendiz doblegó al alemán por miedo a ser delatado?

—En la vida real cualquier persona que sabe algo secreto queda instalado en una posición de poder.

—¡Pero no la utiliza en forma perversa! —volvió a la carga José Miguel.

—Dale con que el chico era malo.

—Era despiadado, igual que el ex oficial cuando se extrañaba de que los hombres se agruparan en una especie de pirámide para intentar escapar del gas.

—Te digo que el muchacho solo reaccionó de acuerdo a la circunstancia.

—Ninguno tenía misericordia ante el más débil —especificó José Miguel—. Pudo haber huido en vez de tratar de humillar al oficial nazi.

—Fue solo curiosidad —volvió a concluir Benjamín—. En su cabeza no cabía tanta maldad.

Mi tío lucía más contento que de costumbre. Hablaba con todos y con nadie. Parecía interesado en las conversaciones pero solo se limitaba a abrazarlos como si fueran sus mejores amigos. Yo lo observaba de lejos mientras oía su risa por sobre los demás. Estaba pasado de copas, sin embargo elegía bien a sus colegas de farra. Todos eran dueños de empresas y se cuidaba de no quedar mal con nadie. Al final de la noche obtendría más de algún contacto de provecho.

Al contrario de mis amigos, yo nunca bebía en exceso. Me limité a conversar con Adolfo Roca acerca del nuevo mall de Antofagasta. Falabella dispondría de miles de metros cuadrados e iba a instalar nuevos puntos de venta para todas las marcas de la tienda. Me enviaría las bases de licitación antes de que fueran publicadas. El Fito era mi vecino de infancia en el barrio Concha y Toro. Jugábamos fútbol con los

muchachos de la cuadra. Mi mamá no ocultaba su predilección y en las tardes lo invitaba a tomar once a nuestra casa. Si bien era más inteligente que el resto, su familia sólo podía jactarse de una casona vieja a mal traer. Cuando íbamos al cine, yo pagaba las entradas.

Su timidez asomaba sobre todo con mis compañeras. Lo invitábamos a veranear al Quisco y subsistía apenas con unos pesos para las bebidas. Obtenía buenas notas en el colegio, de los primeros del curso, pero de igual modo me burlaba de su inmadurez. Con mi hermana lo hacíamos ponerse rojo al repetir el nombre de la chica que le gustaba.

Mi padre nos trasladaba a las fiestas en su Honda Accord. La familia de Adolfo en cambio no tenía auto y no podía disimular su cara de vergüenza. En la mesa, sus ojos ávidos no se apartaban de las tostadas con mantequilla. Comía el doble que nosotros. Seguía nuestras conversaciones por ridículas que fueran y nunca hablaba de él ni de su familia.

Cuando iba a su casa, me hacía pasar al living y salía de inmediato. Lo esperaba sentado en unos viejos sillones especialmente incómodos. Con razón iba tan seguido a mi casa. Una vez entré a su cuarto y me di cuenta de que no tenía televisor. Sólo un viejo y enorme escritorio con la cubierta manchada.

Me sentía cómodo con mi amigo. A su lado la vida parecía sonreírme. Desde la enseñanza básica que el Fito quería estudiar arquitectura. Había sorteado la universidad pero yo estaba seguro de que jamás construiría siquiera su propia casa. Era su mentalidad de empleado que lo corroía desde adentro. Ahora trabajaba para Falabella en un departamento que se encargaba de buscar diseñadores y empresas contratistas para que materializaran los proyectos de la tienda de retail. Si bien administraba presupuestos millonarios, seguía siendo el mismo acomplejado, temeroso de perder su pega y dispuesto

a ayudarme, quizás movido por la idea de que mi familia era más acomodada que la suya.

Capítulo 5

La luz del sol penetraba todos los rincones. Me asomé a la ventana para sentir su calor. Las flores contrastaban con el azul que delineaba las montañas y las fachadas de las casas lucían su colorido.

En ese preciso instante supe que no iría a la oficina. Saqué el polvo de los bastidores apilados en el fondo de un clóset y del escritorio extraje una caja de óleos que había comprado en Buenos Aires.

Me instalé en el balcón y mis dedos recobraron de inmediato su pericia. Unos trazos largos dieron contorno a la silueta de un Quijote que ya no cabalgaría en las áridas llanuras de La Mancha sino que entre riscos de la cordillera de Los Andes.

Fue todo tan prodigioso que mi memoria me guió sin titubeos al cajón de los pinceles. En su acerada armadura se reflejaban los colores del valle y su escudo se iluminaba con los matices del sol.

Me pasé la mañana pintando sin pausa, alucinado por las formas que iban surgiendo sobre la tela. Fui plasmando la tonalidad del día en las crines del caballo. Tenía cada detalle grabado en mi sien, imaginado con una precisión que añoraba desde hacía tiempo. Sin espacios de duda las ideas fluían sin esfuerzo. No tenía ganas de almorzar para olvidarme de mis limitaciones. El pincel expresaba con naturalidad cada movimiento. Mi ingenioso hidalgo se abría paso por un valle que no le era ajeno, como si su cruzada hubiese transcurrido a este lado del océano.

Samy Benmayor me encauzó en la pintura. Lo conocí en una exposición en el salón principal del estadio israelita. Su

obra calzaba con la corriente expresionista y sus pinturas mostraban emociones en cada detalle. Su trazo fuerte y divertido lo distinguía de los demás pintores. Hablamos largo rato y me invitó a participar de su taller.

Habían transcurrido varios años desde que abandoné su escuela y todo lo relacionado con lo pictórico. Decidí estudiar en la Universidad del Mediterráneo. De ahí egresaban los mejores diseñadores gráficos. Le podría sacar dividendos a mis aptitudes artísticas haciendo algo más concreto. Realizaría trabajos en tiempos determinados sin buscar la perfección que persigue el arte. Un diseño equivaldría a cierta cantidad de dinero que me permitiría vivir de acuerdo a lo que estaba acostumbrado.

Me gustaban las comodidades. Un buen departamento con muebles acogedores y un auto confortable. Estoy ahorrando para una Ford Explorer con motor V8 de 4,6 litros. Me fascina esquiar y estoy cansado de contratar servicios turísticos para subir a La Parva. Mi Nissan Terrano la ocupo para transportar materiales, por lo que no puedo llevarla cuando voy por varios días. Me dejan en la cabaña que siempre arriendo y dependo cien por ciento de los minibuses para transportarme a las canchas.

Capítulo 6

—¡Benjamín Ackerman! —repitió la voz de la ventanilla—. Su nombre, número de cédula y firme abajo.

—¿Por cuánto es el cheque?

—Veinte millones quinientos mil pesos.

Por fin me cancelaron la factura de la remodelación del Mall Alto. Le debo dinero a mi madre y hace tiempo que no he podido ir a Buenos Aires.

Un fin de semana en el barrio de Palermo es todo lo que necesito para oxigenar mis pulmones. Santiago me resulta asfixiante. No sólo por el smog sino porque en esta ciudad todo el mundo se conoce. Vas al cine y te encuentras con alguien. Vas de compras y todas las tiendas venden la misma ropa. Cómo si existiesen normas de vestir para la ciudad entera. Hasta uno mismo se acostumbra a los pantalones Dockers y las camisas Wrangler. Prefiero vestir realmente a la moda y disfrutar del anonimato que se vive en esta ciudad cosmopolita.

El barrio de la Recoleta me queda al lado del hotel. Un buen bife de chorizo y una ensalada César son todo lo necesario para un relajo total frente a los mausoleos del cementerio. Me encanta ser dueño de mi tiempo y poder planificar cada uno de los pasos del día.

En la tarde visitaré la matriz de Falabella para ofrecer mis servicios directamente a los gerentes argentinos. Desconfío de las promesas que me hacen en Chile. La gente de este país no tiene un pelo de tonta e imagino difícil competir contra las empresas de diseño locales. Por más que los capitales de

Falabella sean chilenos, los gerentes de acá deben privilegiar la mano de obra nacional. Los dueños chilenos no pueden influenciar todas las decisiones. Estoy seguro de que si me contratan va a ser por la calidad de mis diseños, pero no podré traer mis propios maestros ni supervisar la compra de materiales. Será menos interesante el negocio pero puedo replicar las mismas ideas y sacarles más provecho. En una de esas termino proyectando los diseños para toda Latinoamérica.

Capítulo 7

—Benito. Tenemos que conversar algunas cosas.

—Estoy atrasado mamá—. Se excusó Benjamín y subió a la camioneta.

Mi madre sabe que odio que me llame Benito. No sólo por el alcance de nombre con Mussolini sino porque me hace sentir como un irresponsable. Que le deba algunos favores no le da derecho a tratarme como a un niño.

Estoy obligado a pedirle dinero para capital de trabajo. Si no fuera por ella trabajaría como un burro para ganar miserias igual que mis compañeros de universidad. Lo que no entienden es que si no ocupas tus influencias no sacas nada con ser el mejor. Si no tomas las riendas de tu vida, siempre va a aparecer un empleador avisado que estruje tus conocimientos por unos pocos pesos.

Sin los préstamos de mi madre sólo podría cobrar honorarios por mis diseños. Si dejara de lado el taller y el trabajo en terreno simplemente me perdería la tajada que le cobra Falabella a sus proveedores. Habría que ser muy ciego para no darse cuenta de que el más grande se come al más chico, o mejor dicho, que el poderoso siempre va a ganar más que el humilde por muy bien calificado que sea este último.

La gente que piensa en pequeño está condenada a vivir una vida mediocre. Si no aprovechas la posición que tienes en la sociedad eres un imbécil. Necesitas de personas que te ayuden a superar tu situación actual. Debes echarle mano primero a tu familia y luego a sus conocidos. Ya tendré tiempo de crear mi propia red para lograr mis objetivos.

Valorar el trabajo por si mismo es una estupidez. Para qué descrestarse si puedo parecer la persona más eficiente del planeta. Si me ven joven, dueño de una empresa y rodeado de gente conocida, me envidiarán y pensarán que soy el diseñador más sobresaliente del país. Si aparecen mejores, los contrato y los pongo a trabajar bajo mis órdenes. Conozco bien a los profesores de la Facultad de Diseño y me entero siempre de las nuevas promesas que surgen entre sus alumnos. El secreto es asistir a todas las comidas de camaradería y aportar de vez en cuando con algo que valore el gremio.

No creo que sea tan fácil engañar a gente talentosa, sin embargo me voy a esmerar en ser su guía. Mientras más me admiren, más tiempo les tomará reunir las agallas para independizarse y alejarse de mi alero.

Me crearé la fama de ser el mejor. Habrá tiempo de aparentar cierta posición relativa dentro del rubro, antes en el mercado nacional luego en el ámbito internacional, hasta que finalmente lleguen los capitales necesarios para cimentar mi patrimonio.

Por ahora dependo cien por ciento de mi madre.